

Comentario

Comentario al texto “Agricultura familiar. Algunas reflexiones para un debate necesario”

Cecilia Díaz Méndez^a

DOI: 10.7201/earn.2014.01.09.

El texto resume y clarifica el concepto de agricultura familiar (AF) que el autor considera, con acierto, ambiguo y confuso. Reflexiona sobre “un hecho social y económico con características singulares diferente de otros modelos agrarios” que existe en todo el mundo y que necesita de una revisión para afrontar su futuro. Nadie mejor que Moyano para hacer esta tarea, pues lleva años analizando los cambios en la AF y explorando los efectos que han tenido sobre ella las políticas agrarias. El autor confirma que no se ha renovado la definición de AF a pesar de los enormes cambios de los últimos cincuenta años en paralelo al cambio del mundo rural y a la integración de la agricultura en las lógicas de la globalización alimentaria. Aunque esta evolución ha generado una importante heterogeneidad en la AF, Moyano consigue definirla con seis rasgos que permiten comprender su presente y vislumbrar, con un cierto orden analítico, el futuro que espera a la AF. Es en este listado de características en lo que me voy a detener para plantear una cuestión que, desde mi punto de vista, sería interesante introducir como parte de su definición: el vínculo de la AF con el consumidor; algo imprescindible en una actividad que quiera mantener entre sus principales objetivos la producción de alimentos.

La AF ha contribuido de manera diversa y de un modo heterogéneo a la construcción de los patrones de consumo alimentario actuales. En los años sesenta el aumento de la producción y el abaratamiento de los productos permitieron mejorar la monótona dieta española de la postguerra. La transición nutricional refleja el cambio de una sociedad que come mejor gracias a la lenta pero persistente innovación productiva y al desarrollo de la distribución alimentaria en una España predominantemente rural. En los años de la *revolución verde* los españoles gastaban casi todo su presupuesto familiar en alimentación y consumían más calorías que el resto de Europa. Sin embargo, a lo largo de los años y en paralelo al proceso de urbanización de la sociedad, a la industrialización de la agricultura y la ganadería, al creciente peso de la distribución en la cadena agroalimentaria y a la definitiva entrada en la era de la globalización, la estructura del gasto familiar deriva, como en el resto de Europa, hacia la disminución del gasto alimentario doméstico, al aumento de calorías de procedencia animal y a un leve pero constante crecimiento del gasto alimentario

^a Facultad de Economía y Empresa, Departamento de Sociología, Universidad de Oviedo.

extradoméstico. Hay aquí un nuevo patrón alimentario, propio de sociedades que han dejado atrás la escasez para adentrarse en la sobreabundancia alimentaria.

Aunque esta evolución ha sido bien ilustrada por sociólogos, historiadores y economistas agrarios, y su transformación no solo se explica por los cambios en la producción, no es extraño que Moyano haya prescindido en la definición de AF de los aspectos que vinculan a productores y consumidores. El debate sobre la evolución de la agricultura en relación con las demandas de los consumidores aún no se ha resuelto y las opiniones sobre su situación actual y su futuro constituyen uno de los debates vivos de mayor interés para los analistas de la globalización alimentaria.

Un gran número de estudiosos considera que las demandas más exigentes y reflexivas de los consumidores llevan a la AF a *convencionalizarse*, es decir, provoca la integración de la AF en las dinámicas propias de la agricultura más especializada dejando en la marginalidad a la que no logran integrarse en los canales de comercialización globales. Cuando Moyano afirma que “las cadenas cortas de comercialización, los mercados de proximidad o la venta directa, son vías interesantes para recuperar esa autonomía pero aún no tienen el peso suficiente dentro de la AF como para erigirse en alternativas sólidas al dominio de la lógica económica del mercado global” está diciendo que esta es solo una alternativa marginal a las opciones de las grandes corporaciones agroalimentarias. Visto así, su supervivencia depende de un consumidor concienciado y marginal y/o de apoyos públicos que compensen las limitaciones económicas de estas formas de producir. De lo contrario esta AF será absorbida por las grandes industrias agroalimentarias.

Otros analistas consideran que la AF está dando respuesta a las demandas de un consumidor que está preocupado por lo que come en un contexto de incertidumbre alimentaria y de creciente desconfianza hacia los agentes de la cadena agroalimentaria. La AF no resiste como una vía marginal y alternativa a la agricultura convencional, ni es la antesala de la transformación de su forma de producir; es propiamente un camino distinto que responde bien a las nuevas necesidades de un consumidor con nuevos valores y nuevas conductas, crítico y preocupado por los efectos de la globalización de los alimentos.

Sin entrar en el debate de manera directa, no creo que sea posible definir hoy (ni ayer) la AF sin preguntarse acerca de la forma en que su manera de producir alimentos afecta a los comensales (prefiero no limitarme al consumidor, pues son solo un grupo de los que comen). Entiendo que hay al menos tres aspectos para repensar la definición de la AF y perfilar el vínculo producción-consumo. Estos tres aspectos se apoyan en los datos obtenidos en la Encuesta de Hábitos Alimentarios de los españoles (Díaz Méndez, 2013).

- a) La aparición de una nueva valoración sobre la alimentación y una preocupación creciente acerca de lo que se come. Las crisis alimentarias, el deterioro del medio ambiente y sus efectos sobre los alimentos, la desigual distribución de los recursos alimentarios en el mundo,... son solo algunas de las cuestiones que están detrás de una preocupación genuina del comensal por saber lo

que se lleva a la boca, por saber de dónde viene y cómo está elaborado o producido el alimento. El alejamiento progresivo entre productor y consumidor en el nuevo sistema agroalimentario global contribuye de manera decisiva a esta preocupación y la vuelta hacia el productor más próximo, la mirada hacia una alimentación más sostenible, la reflexión sobre la justicia social o la responsabilidad social corporativa, forman parte de las preocupaciones de los comensales modernos sin diferenciar ideología o clase social.

- b) Los referentes de confianza en torno a la alimentación han cambiado de manera significativa en las sociedades modernas. El aumento de la desconfianza en lo que se come es una constante en las encuestas sobre alimentación, y esto ha dado lugar a un giro en la orientación de la fiabilidad de los ciudadanos. Se podría resumir diciendo que la confianza se ha especializado y los españoles se fían cada vez más de las instituciones que les defienden como consumidores. Se le otorgue la máxima credibilidad a los especialistas del ámbito de la salud, que indiscutiblemente piensan en primer lugar en lo que le conviene al ciudadano para su bienestar físico; y en las asociaciones de consumidores y la agencia de seguridad alimentaria, cuyo objetivo es defender al ciudadano en tanto que consumidor. La confianza es también alta en los agricultores, pero los gobiernos, los fabricantes de alimentos o los medios de comunicación no resultan fiables para el ciudadano medio en una sociedad sometida a recurrentes situaciones de riesgo alimentario.
- c) A esto hay que añadir la creciente y generalizada preocupación por la salud en relación directa con la alimentación: uno de cada cuatro españoles está a dieta. Además, el incremento de la obesidad comienza a aparecer en la agenda pública en toda Europa. Cuidarse comienza a ser un hábito extendido que aunque pone de manifiesto la preocupación por lo estético, no deja de lado los aspectos de salud y bienestar que los españoles quieren ver en los productos alimentarios que consumen. Los efectos sobre la salud derivados de una alimentación inadecuada traspasan los límites de la conducta individual para aparecer en la arena pública como un asunto de debate nacional que requiere reflexión e intervención en áreas que tienen que ver, como ha sido tradicional, con el ámbito sanitario, pero ahora también en el terreno de las políticas educativas, las políticas empresariales, las propuestas multisectoriales como la Estrategia para la Nutrición, Actividad Física y Prevención de la Obesidad (NAOS) o, como ya está sucediendo en Estados Unidos, afrontando asuntos como la obesidad desde las políticas agrarias.

En conclusión, no creo que por definición se pueda decir que la AF produce alimentos más sanos y seguros, sin embargo, es inapropiado analizar el futuro de la AF como una actividad cerrada sobre sí misma y preocupada únicamente por su propia subsistencia sin pensar en su relación con quien come lo que produce la "familia agraria". Y tras la exposición de los rasgos del nuevo consumidor que he perfilado aquí, creo que la AF está en una mejor posición que otros tipos de agricultura para afrontar la transición hacia modelos de consumo más sanos, sostenible y justos.

Es preciso incorporar a la definición de AF el vínculo con el comensal y el triángulo alimentación-consumo-salud para poner en evidencia que las políticas públicas dirigidas a la agricultura y las orientadas al consumidor necesitan confluir con el objetivo de mantener un patrón alimentario saludable para los ciudadanos.